

Don Ramón Subercaseaux

En el remate, habido no ha mucho, del mobiliario y obras de arte del palacio Urmeneta, entre obras extranjeras de las más interesantes y valiosas que hay en el país, se subastaron algunas telas firmadas por Ramón y Pedro Subercaseaux. Sus obras hechas en colaboración por el padre y el hijo, don Ramón Subercaseaux Vicuña, antiguo aficionado, y Pedro Subercaseaux Errázuriz, joven profesional.

Observó el publicista, y la prensa lo dijo en esos días, al ocuparse de ese importantísimo remate, que cuentan esas telas, pintadas en colaboración, un conjunto de cualidades que aisladamente no tienen los cuadros del padre y del hijo.

Don Ramón Subercaseaux, el viejo aficionado, tiene un intenso y vivo sentimiento del colorido, un pincel liviano y simpático, muy acertado en toques impresionistas, de una elegancia marcadamente francesa (es descendiente de francés), todo lo cual hace que sus cuadros sean muy personales, mentos de una original y rica sensibilidad de artista. Así son sus cuadros al óleo, sus acuarelas, sus pasteles, cantidad de obras pintadas a la ligera, inconclusas muchas de ellas, simples bosquejos otras, diseminadas generosamente, sin atribuirles importancia alguna, en treinta años de vida de viajero, de hombre de mundo, de diplomático. Actualmente el señor Subercaseaux ocupa un asiento en el Senado de la República.

Son sus obras algo incorrectas; en el dibujo de ellas no se nota ciencia alguna; solo se ve la acción de un talento nativo. El señor Subercaseaux nació artista. Como nació en un país donde el arte no tiene atmósfera, y en una familia arrandada donde no había preocupación por dotar a los hijos de oficio alguno, el señor Subercaseaux no estudió, y solo fue artista porque eso lo llevaba en el temperamento y no podría dejar de serlo. De aquí que sus obras, incorrectas por el dibujo y sin trazas de tecnicismo, sean tan atractivas. No serán el resultado de un sabio aprendizaje, pero son el producto espontáneo de un talento original y nervioso.

Pocas cosas he visto en materia de pintura, más simpáticas,—notas de la naturaleza o del arte profundamente sentidas y felizmente expresadas,—que algunas acuarelas y pasteles de don Ramón Subercaseaux. Son toques dados a la ligera, son como simples bosquejos, pero tan acertados y de colorido tan real que parecería que hubiese untado sus pinceles en la misma luz del cielo en el agua del mar, en la verdura del bosque o en los tintes desmayados del crepúsculo. Esta es la propiedad del talento con que se nace. Con el aprendizaje se podrá sacar de ella mayor partido pero no se la mejorará en delicadeza de sensación ni en elocuencia de conjunto.

Hay una acuarela de este aficionado, de la cual es dueño el general don Salvador Vergara. Representa, en un día de sol, una rompiente de olas en la playa de Viña del Mar. Es algo sin procedimiento, una mancha de color arrojada sobre el papel, pero es algo admirable: uno cree sentir el chispado de la ola y, en el rostro, su impresión fría y salobre. Es el milagro del talento que se realiza sin necesidad de escuela. Del mismo modo esas impresiones del amanecer en los Campos Eliseos, pintadas al pastel, bajo el hermigoso humo salpicado de luces; arriba la masa plomiza del Arco del Triunfo confundiendo su piedra tallada con esa atmósfera de neblina que forma el cielo nocturno de las grandes ciudades. Vi dos de estas impresiones de París del señor Subercaseaux (ha vivido en París una parte de su vida) en el remate del palacio Urmeneta. No sé quien las tomó. Pero estoy seguro que fue alguien que, habiendo vivido en aquella ciudad, al ver esos bosquejos al pastel sintió renacer ante sus ojos esa mezcla de grandeza y de gracia que constituye el paisaje parisense.

Hace veinte años, don Ramón Subercaseaux fué el pintor por excelencia de la ciudad de Santiago. Hoy su hijo ilustra, al lápiz y al óleo, la historia de Chile. Heredó de su padre ese sentimiento que hace ver en el arte, no tanto un medio de interpretar frivolidades, como de colaborar al estudio del pasado. Andó dispersos innumerables cuadros y bosquejos de don Ramón Subercaseaux, paisajes santiaguinos característicos y de composición feliz. Como paisajista ha tenido preferencia por los cielos anubarrados; y con razón, pues su pincel afrancesado, triste y elegante a la vez, es imitable cuando pinta las opacidades y los reflejos de los días de lluvia. Don Ramón Subercaseaux pintó en el invierno la mayor parte de sus "notas santiaguinas". Una de ellas,—un gran cuadro que se quemó en un incendio de la Avenida Vicuña Mackenna,—representaba una de esas famosas creces del Mapocho que, desde que se terminó la canalización, los santiaguinos no volverán a ver. Por otra parte, el Mapocho ya no crece; tantas cosas en Chile que ya no crecen! La multitud abrigada,

bajo una lluvia copiosa, se agolpa en los tajamares,—los tajamares de la colonia de los cuales ya no queda ni siquiera un vestigio,—y contempla, entre recogida y temerosa, el río hinchado de agua turbia que pasa por encima de los puentes menores y solo es dominado por la masa gigantesca del de Calicanto. En el fondo, sobre un cielo acuoso, los techos del Mercado y las torres de la ciudad se destacan. Era un cuadro notable; hubiera sido un precioso documento del Santiago que ya podemos ir llamando "antiguo".

Por el estilo de éste es uno que se conserva en el Museo de Bellas Artes y representa el Puente de Calicanto, aquella obra de romanos que construyeron los criollos bajo la férula acerada del regidor Zanartu y que era un recuerdo de valor inapreciable, no solo de la colonia sino de la independencia y de la grande época de nuestra formación política.

Manos inocentes y prodigias,—sin que ello fuera preciso,—destruyeron ese monumento de dos siglos.

Del puente de Calicanto no queda sino la nota impresionista que de él pintó, en un día de lluvia, don Ramón Subercaseaux.

En 1884, pintó varios cuadros que fueron premiados en el Salón. Entre esos uno que es una elegante y nueva "nota santiaguina", siempre bajo la lluvia.

Representa el Palacio Arzobispal, que forma una de las esquinas de la Plaza de Armas, uno de esos centros de gran ciudad donde se acumula la circulación de vehículos, tranvías y peatones, lo que los franceses llaman un "carrefour".

Al pie del palacio, en cuya arquitectura, sobre la gracia del Renacimiento se sienta un poco de severidad de una construcción jesuítica, Santiago hormiguea y refleja en el pavimento lustrado por la lluvia las acuagas de las señoras y los paraguas abiertos. A un lado los árboles de la Plaza de Armas asoman tristemente su verdura mojada. Los palacios de la calle de la Compañía se perfilan confusos en la bruma acuosa. Es algo lleno de vida, de esa vida invernal que produce tristeza y frío. Es una obra en la cual Subercaseaux puso todas sus facultades de pintor impresionista.

Su hijo, el reputado pintor Pedro Subercaseaux, no tiene tantos omeos naturales, ni vives de colorido, ni espontaneidad de pincel. En cambio es un profesional perfecto y admirablemente laborioso. No hay en Chile,—tal vez no lo hay en América,—otro artista que haya hecho mejores estudios que los suyos, en Roma y París. Por esto esas telas que dije, pintadas en colaboración por el padre y el hijo, son perfectas: el padre aporta el talento natural; el hijo la sabia ejecución.



RAMÓN SUBERCASEAUX.—Impresión de la Plaza de Armas de Santiago